

EL FARO BISBALENSE.



ESTABLECIMIENTO
Tipográfico y editorial
DE DON ANTONIO DE TORRES.

Redaccion calle del Puig, n.º 43.

Administracion plaza del Cas-
tillo núm. 28.

PERIODICO SEMANAL, CIENTIFICO, LITERARIO Y DE MODAS.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.

En La Bisbal 10 rs. trimestre.
En los demás puntos del rei-
no 12. Franco de porte.
Ultramar y extranjero 20.

Remitidos, anuncios, avisos,
etc., linea. 1 rl.
Suscriptores. 1/2.
Insértese ó no, no se devuelve
ningún original.

ESTUDIOS SOBRE LA PROPIEDAD.

No, los economistas no cierran los ojos ante los males sociales, ni tapan sus oídos para impedir que lleguen hasta ellos los gemidos de los que sufren. Antes bien, se dedican á buscar sus causas y creen haber descubierto que entre aquellas sobre la cual puede ser mas eficaz la accion de la sociedad, la mas activa, la mas enérgica es la injusticia. Por eso siempre, y ante todo, invocan la justicia, la justicia universal.

BASTIAT.—Propriété et spoliation.

Mr. Thiers, al presentar al público francés en 1848 un libro sobre la propiedad, se admiraba de que los delirios modernos de algunos falsos sectarios coligados con una multitud extraviada, hubiesen llegado á poner en duda una de las ideas mas naturales, mas evidentes y mas universalmente reconocidas, la idea de la propiedad; y se creia en el caso de disculparse por haber emprendido la demostracion de un axioma indemostrable por su misma claridad. El ilustre escritor tomó sin duda esta vez, como algunas otras, su opinion particular por la de todo el mundo, y aplicó á la historia el criterio siempre estrecho del periodo de agitacion que atravesaba.—Por eso quizás estuvo muy lejos de llegar al objeto que se proponia, y pretendiendo defender la propiedad se olvidó de purificar la opinion de un sinnúmero de preocupaciones que contra ella existen; y limitándose á atacar con viveza, pero quizá sin suficiente energia, los fantasmas del socialismo que en aquella época se aparecían como violenta pesadilla á la imaginacion calenturienta de la Francia, adelantó muy poco la resolucion de un problema mas difícil de lo que él pretendia.

Nosotros que no somos de su opinion, podríamos cambiar sus palabras y decir que en ningún tiempo se ha reconocido, en toda su pureza el derecho de propiedad, y que si la noción, ó mejor dicho, el instinto de apropiacion ha sido universalmente reconocido, todavia su conocimiento es tan vago, tan confuso que hoy mismo estamos muy lejos de llegar á una solucion que satisfaga las exigencias científicas.—Preguntamos si no á la historia y ella nos dirá que cada época y cada pueblo la ha entendido de un modo bien diferente, que la noción de la propiedad ha seguido el camino que le trazaban las creencias religiosas y la filosofía apareciendo sujeta en su desarrollo á las leyes fijas y constantes que nos hacen descubrir en ella un movimiento progresivo hacia su completa realizacion.—Los pueblos orientales no conocen otra forma de propiedad que el comunismo; las villas de la India son hoy todavia pequeñas sociedades donde el cultivo se hace siempre

en comun, verdaderos modelos de las teorías sansimonianas; las leyes imperiales de la China atribuyen la propiedad del suelo al emperador y los poseedores de la tierra tienen el carácter de colonos usufructuarios: el pueblo hebreo cuya legislacion descuellera entre las de aquellos vastos imperios, hasta consagró la comunidad en la familia y en la tribu por medio del jubileo que cada cuarenta y nueve años hacia que las tierras enajenadas volviesen á sus primitivos dueños, y apoya toda su legislacion en este pensamiento del libro de Moisés: «La tierra es mia, dice el Señor, vosotros sois como extranjeros á quienes yo la arriendo»; y todavia los déspotas orientales que en los confines del Asia y del Africa ofrecen á la Europa el espectáculo de su abyeccion, dicen cuál era el derecho de propiedad que han consagrado los legisladores del Oriente.—Grecia y Roma, organizadas bajo la idea de la ciudad, hicieron de él el derecho de la patria, pero no el del propietario, y las leyes Licinia y Agrarias, leyes de reparticion, prueban que su derecho de propiedad, semejante en el fondo al del Oriente, recibió solo las variaciones que habia experimentado la religion; allí la propiedad era de origen divino, y los representantes de Dios en la tierra, las castas ó los emperadores verificaban su reparto; aquí la propiedad es de la patria que es dueña de disponer de ella á su capricho: *in solo provinciali dominium populi romani est vel Casaris*, escribió el gran jurista Gayo. La Edad media en lucha perpetua entre el privilegio y la igualdad, imprime este carácter á la propiedad que difícilmente consigue hacerse respetar en los municipios; y al llegar la época moderna, el poder central triunfante en casi todas las naciones, se hace dueño de los privilegios y de las legislaciones existentes y se reserva derechos sobre la propiedad, que aunque afirmada en el individuo, queda de hecho sometida al Estado.

Las épocas históricas no responden, pues, á la idea del historiador del *Consulado y el imperio*, y todavia mirando á los pueblos de Europa desde Inglaterra, que reconoce al propietario de la superficie, la propiedad de cuanto hay bajo ella, hasta Francia que admite la teoría del derecho eminente del Estado, cada pueblo, vendría á aumentar un grado de fuerza á la refutacion que se desprende de esta simple exposicion.

Es, pues, preciso convenir en que la teoría de la propiedad no está aun formulada, y por lo tanto debe ser permitido á todo hombre esforzarse en llevar un grano de arena á la construccion de esa gran base social.—La importancia de la idea, la utilidad del trabajo, disculparán cualquier es-

fuerzo, y confiados en ello, hemos creido que no seria ocioso dirigir una mirada á España y preguntarnos lo que ha sido, lo que es y lo que debe ser la propiedad en nuestra patria.

I.

Inútil es investigar cuál fué la manera de comprender la propiedad que tuvieron los primeros invasores de España: pueblos conquistadores, sin apego al cultivo, sin respeto al derecho, pero al mismo tiempo dotados del instinto de la individualidad, fueron naturalmente conducidos al reparto de las tierras y á la opresion de los vencidos.—Mas apenas realizado este hecho, empezó á hacerse sentir la influencia romana que debería terminar por infiltrarse en el espíritu de todos los pueblos que vinieron al Mediodía de Europa. No es este el momento de señalar las misteriosas filiaciones que hay entre las instituciones romanas y las que principian á germinar despues de la invasion (1); pero quizá no es aventurado señalar como una primera consecuencia aquellas leyes del libro 10 del Fuero-Juzgo que confirma la particion de las tierras, ordenan una nueva y hablan siempre como si el Estado se hubiese atribuido como derecho incontestable el supremo derecho de propiedad.—Este aserto se encuentra confirmado por otras leyes que arreglan la sucesion hereditaria, crean las legítimas y dan por todas partes forma y carácter especial al derecho de propiedad.

No puede tampoco olvidarse un elemento nuevo que empieza á modificar toda la vida social y que influye poderosamente en la organizacion de la propiedad; el elemento individual, el derecho de la persona que el cristianismo hace al fin aparecer en el teatro del mundo donde no habia figurado hasta entonces, confundida como estaba en la concepcion de la patria y la ciudad.—Pero el influjo de esta nueva idea no aparece de una vez ni como de un golpe; porque el Salvador solo habia predicado moral y religion, dejando que la reforma social y política se efectuase por la modificacion del corazon del hombre, y solo puede irse señalando lentamente, adviniéndola mas que definiéndola, hasta que un día al mirar sus consecuencias, al ver la personalidad humana que desde la conciencia donde tiene su trono se extiende é irradia á todo el mundo exterior, podamos reconocer la obra del cristianismo.

Bajo la influencia de estas ideas que venimos enunciando, el derecho de propiedad adoptó diferentes formas; y según el

espíritu que predominó en uno ú otro puntos, la legislacion se fraccionó adoptando diferentes matices que hoy todavia, despues de quince siglos, se destacan vigorosos en el cuadro de nuestro derecho.

En las provincias del Norte, que llamamos Vascongadas, en las cuales el agreste suelo, la continua lucha sostenida contra todos los invasores de la patria, romanos, árabes, francos, ayudaron á conservar y desarrollaron el espíritu individual, aparece en todo su desarrollo el elemento personal dando carácter á la legislacion foral.—La familia, ese baluarte que rodea al individuo en los momentos de lucha, que le ampara en la desgracia, viene á formar la base de la legislacion, y dentro de ella, el individuo parece como que se mueve con entera libertad: el fuero de troncalidad y las disposiciones que arreglan la sucesion dentro de la familia, son una prueba de este hecho: todos los bienes que proceden de una rama vuelven siempre á ella si los hijos no vienen á continuar la personalidad de sus padres; y cuando este quiere disponer de sus bienes, puede elegir uno de sus descendientes, ascendientes ó parientes; en disponiendo dentro de la familia, la eleccion es libre.—Hay, pues, en esta legislacion una mezcla de libertad y restriccion que sorprende á primera vista, y que no podria explicarse á no tener en cuenta el desarrollo particular de aquel pueblo, en el cual la influencia del Estado ha penetrado muy poco, conservándose la independencia y la vida individual dentro del círculo de la familia. El hombre no conoce allí otra autoridad que la de los suyos, y de ahí resulta ese carácter patriarcal que da un colorido especial á las costumbres y á la legislacion de aquellas nobles provincias. El derecho de propiedad está, pues, reconocido, sancionado de un modo que pudiéramos llamar absoluto, pero dentro del círculo de la familia, impregnado por decirlo así, del aroma del hogar doméstico.—Y si esta idea necesitase confirmacion, acudiríamos á buscarla en la libertad de que allí gozaron la industria y el comercio, puesto que apenas se hallan en los fueros alguna que otra disposicion que recuerde la absorbente y centralizadora legislacion que al otro lado de sus montañas regía á las provincias castellanas; ó en aquella severa ley que llegaba á condenar á muerte al que por tercera vez intentase variar los linderos de la heredad ajena; disposicion que contrasta bastante con una ley de la Novísima, que prohibe á los propietarios acotar y cerrar sus propiedades.

Navarra revela desde luego la influencia del derecho romano, y su legislacion manifiesta ya menos respeto al derecho de

(1.) M. E. Laboulaye ha publicado sobre esta cuestion dos artículos muy notables, en la «Revista nacional», números 1.º y 2.º.

propiedad, mas concentracion de fuerza en el Estado.—Allí es libre la disposicion testamentaria de los padres; pero en el caso de ser labradores, deben distribuir sus bienes por igual entre sus hijos; los mayores pueden fundarse en fincas de gran valor, pero están prohibidos en las que lo tienen pequeño; hay el término de un año y un día para retraer los bienes vendidos por un pariente, y en fin, otras varias disposiciones hijas del mismo espíritu, que todas dejan comprender el derecho absoluto que el estado se atribuía sobre las propiedades particulares, con menoscabo y postergacion del derecho individual.

Mas viril, mas enérgica la legislacion aragonesa, consagra por todas partes el derecho individual; da á la mujer mas derecho y mas representaciones que ninguna de las otras legislaciones forales, y consagra por consecuencia el derecho de propiedad, dejando presentir por todas partes la poderosa influencia del elemento germánico. Así admite la libre disposicion de los bienes por testamento; despoja á los contratos de muchas solemnidades; limita el derecho de retracto; aumenta el tiempo de la prescripcion, y busca, en fin, en la iniciativa y en la libertad, los frutos que nunca dejan de dar, el aumento de la fuerza y del bienestar de la sociedad.—Pero la confirmacion de este aserto está mas que en ninguna parte en aquel célebre fuero que prohíbe al monarca imponer tributos extraordinarios sin el consentimiento de las Cortes, disposicion que conservó por mucho tiempo intactas las libertades aragonesas, y ha sido en la Constitucion inglesa la base de su grandeza y poderío.

Cataluña, mas sometida á la influencia del derecho romano, respeta ya menos que Aragon el derecho de propiedad y se siente mas dispuesta á modificarlo á cada momento. En Barcelona son válidas las disposiciones testamentarias que omiten á los herederos legítimos, por mas que sean nulas en los demás puntos del principado: los fideicomisos no son siempre respetados; existen las legítimas, y en fin, la contratacion está sometida á mil vejámenes que en otro lugar referiremos.

En vista de estos ejemplos, bien podemos afirmar que la idea comunista de la antigüedad aparece donde quiera que lleguen las leyes romanas, resumen y concentracion de las antiguas doctrinas, y aunque modificada siempre por la influencia cristiana y el espíritu individual germánico, revela siempre su carácter. Los fueros de Valencia, que participan de él mas que otros algunos, llegan á decir que todo lo ganado durante el matrimonio pertenece al marido, sancionando así un despojo tan falto de escusa como de justicia.

Pero todas estas legislaciones se limitaron á las disposiciones que enumeramos y no entraron en esa serie de disposiciones que forman el fondo de la castellana, y en las cuales todos los detalles de la vida, todas las manifestaciones de la actividad están reglamentadas y tiranizadas con olvido siempre del derecho de propiedad.—Difícil es, á la verdad señalar la época en que principia en Castilla este movimiento, pues le vemos ya manifestarse en los acuerdos de las Cortes de los siglos XII y XIII; pero si puede señalarse la época de su desarrollo y apogeo en el momento en que el poder central, triunfando de los diversos poderes feudales y creando la unidad, abre el período de las grandes monarquías absolutas. La casa de Austria, que subió al trono de España despues del grande y glorioso reinado de los Reyes Católicos, realizó este movimiento, aunque, á decir verdad, solo desarrollaba un principio sancionado por épocas anteriores y continuado en nuestra patria á través de la Edad media.

El espectáculo de nuestra legislacion es bien triste en esta época, y seria difícil encontrar el derecho de propiedad en medio

de aquellas tiránicas disposiciones que convirtieron al propietario en un mero usufructuario, tan esclavo de la ley como lo fué el habitante del municipio romano en los últimos dias del imperio. La ley civil suprimió la libertad de testar, y llamó al Estado á suceder en defecto de los parientes del décimo grado, y entretanto, la ley administrativa anuló casi la libertad de disponer.—El propietario no podia destinar sus tierras al cultivo que quisiera, porque visitadores reales cuidaban de examinar si era apta para el cultivo que en ella se hacia, reduciéndola en caso contrario á pasto para los ganados. El dueño de una tierra no lo era de acotarla ni cerrarla, y se miró como una gracia especial una ley, anulada al poco tiempo por otra disposicion contraria, que permitia cerrar las propiedades: el arrendamiento estaba sujeto á la tasa, y los colonos de algunas provincias tenían tales derechos, que una ley moderna (1) se ha visto en el caso de considerar como censuistas á muchos de ellos.—Al mismo tiempo se tasaba el dinero que intervenia en las transacciones, el trigo que se vendia en los mercados, las habitaciones, la plata y el oro, y casi todos los géneros de comercio.—La industria estaba sometida á iguales trabas, y estaban determinados los hilos que habian de tener los tejidos, los trajes y carruajes que podian usarse. Pero esta enumeracion seria interminable, porque era infinito el número de los abusos de una legislacion que se creia dueña del derecho de propiedad y ejercia su autoridad á cada instante, no ya en nombre del derecho divino como los pueblos orientales, no por la idea de la patria como Roma, sino guiada por los mas pequeños intereses de las clases privilegiadas, ó por las mas absurdas preocupaciones.

La consecuencia de este sistema podemos estudiarla en los rasgos que nuestras costumbres ponen de cuando en cuando de manifiesto de una manera tan amanezada como triste.—Cuando un pueblo recuerda por la confusa tradicion de sus mayores, que antes podia dirigirse á los graneros del particular y registrar su casa para saquearla en nombre de la ley y precedido de su alcalde; cuando recuerda, que le tasaban el pan y se castigaba al amo que osaba venderlo caro, no es extraño que en momentos de carestía y de malestar, se dirija á este granero, y ya que no pueda aprovecharse de sus tesoros, los incendie en brutal alegría.—Cuando oiga á sus mayores que siempre encuentran bueno lo que sucedia en su juventud, el relato de aquellas disposiciones que no dejaban subsistir las casas, y que esclavizaban al propietario, no deben sorprendernos que mal diga hoy su suerte y amenace ridículamente á los caseros que se permiten alquilar al precio que le pagan. Y en fin, cuando piensen nuestros pueblos en aquellos aprovechamientos comunes que entregaban al usufructo de los vecinos territorios inmensos; en aquella condicion del arrendatario antiguo que no podia ser expulsado por el dueño sino para labrar él la tierra, y á quien no se podia subir el arrendamiento; cuando recuerden aquella célebre ordenanza de Estremadura que mandaba repartir las tierras entre los vecinos, tasar por ellos mismos el canon, y construir en cada extension de terreno una casa de labor con los aperos necesarios; cuando todos estos hechos se representen en su memoria y sientan el nuevo estado en que la desamortizacion les ha colocado, y volviendo la vista en derredor se vean abandonados á sus propias fuerzas, roto aquel antiguo comunismo en que vivian, entonces no es extraño que den oído á la primera palabra que les ofrezca sus antiguas ventajas, y á nadie deben sorprender los movimientos socialistas tan frecuentes

(1). La ley de censos.

en nuestra patria, como que son las consecuencias de toda nuestra historia.

Quizá esta consideracion permite apreciar un hecho que á muchos sorprende, y que, sin embargo, tiene fácil explicacion: algunos pueblos de los que con mas encarnizamiento defendieron el antiguo régimen, son hoy los que mas simpatizan con lo que se llama ideas avanzadas; y la razon está en que bajo esta bandera buscan hoy lo mismo que bajo aquella pretendian.

Estas indicaciones nos permiten juzgar con conocimiento de causa lo que ha sido la propiedad de España: antes, sin embargo de abandonar este punto, debemos colocar aquí como se coloca una losa para cubrir una sepultura, las palabras de Jovellanos en la ley Agraria.

«Cuando la sociedad consideró la legislacion castellana respecto á la agricultura, no pudo dejar de asombrarse á vista de la muchedumbre de leyes que encierran nuestros códigos sobre un objeto tan sencillo. ¿Se atreverá á pronunciar ante V. A. que la mayor parte de ellos han sido ó son, ó del todo contrarias ó muy dañosas ó por lo menos inútiles á su fin?—Hízolas la jurisprudencia por sí sola, y la jurisprudencia por desgracia se ha reducido entre nosotros, así como en otros pueblos de Europa, á un puñado de máximas de justicia privada, recogidas del derecho romano, y acomodadas á todas las naciones.—Sin duda, añade, no hay leyes mas contrarias á los principios de la sociedad que aquellas que en vez de multiplicar, han disminuido el interés disminuyendo la cantidad de propiedad individual y el número de propietarios particulares.»

SAGISMUNDO MORET Y PRENDERGAST.

Seccion literaria.

En dias de duelo y amargura para la humillada ciudad de los Dux, la lira de nuestro querido Zorrilla vibró en el aire sentidos ecos; la linda poesia que á continuacion insertamos, es pálido reflejo de los amargos lamentos de una alma herida que gime por la desgracia de una alma hermana.

Hoy, que en la plaza de la Reina del Adriático se oye rujir el leon de San Marcos, ¿porqué nuestro laureado vate no pulsa las cuerdas de su arpa eolia?

¿Si tuvo ayes para la vencida! ¿por qué no vitores á la vencedora?

Zorrilla, pulsa tu lira; los gondoleros de la Mártir necesitan de tus cantares.

Á VENECIA.

Allí está Venecia, la dueña opulenta De antiguos, y nobles, y libres blasones; Venecia la hermosa, la villa que cuenta Que á sueldo tenía soberbias naciones,

Señora del mar.

Que cuenta, que un dia imperios y reyes Su gala envidiaron, su nombre temieron, Y el mar y la tierra besaron sus leyes, Y enviáronle buques, soldados le dieron, Porque ella supiera batirse y triunfar.

Un dia á sus ojos la tierra callaba, Un dia su nombre la tierra llenaba: Pasaron los dias, Venecia pasó. Hoy es una viuda y hermosa sultana, Que tiene su corte ridícula y vana. Allí en un palacio que el sultan le dió.

¡Venecia la encantadora, La de los pardos pilares, De las ciudades señora, La señora de los mares, La corona de jardines Colgada sobre canales! No son tu gala y festines Los que valen lo que vales,

Hechizo de Italia, sí, Mas del poeta la lira, No es por tí por quien suspira, No, Venecia, no es por tí.

¿Qué valen tus gondoleros, Y tus regatas vistosas, Tus republicanos fueros, Tus máscaras revoltosas, Y tus timbres altaneros, Sin los ojos hechiceros De tus hermosas? ¡Ay! que tus dias pasaron!... Venecia, la maravilla, A quien monarcas doblaron Otro tiempo la rodilla; Tus timbres ¡ay! se borraron; Tus señores olvidaron La hermosa villa.

Antigua reina del mar, Mal encubres tu caída Tus bodas al celebrar Con la posesion perdida. Lloras, Venecia, sí, lloras, Haz duelo en amargo llanto, Que tus esclavos, señora, Escupen sobre tu manto. Reina, tu adriático brama Léjos ya de tus confines, Olvidale, noble dama, Entre danzas y festines.

Tu patronó ha encanecido, Tu rauda leon no vuela, Sobre sus garras dormido Por tu grandeza no vela; Brioso alazan herido Su caballero ha perdido Freno, y espuela.— Un capricho que pasó, Matrona opulenta, fuiste: Tu principe te olvidó; Hermosa, ya envejeciste, Y tu tez se marchitó; No pienses, Venecia, no, En lo que fuiste!

II.

¡Reir, cantar, beber; corta es la vida! Reir hasta que seca la garganta Niega paso á la voz enronquecida; Cantar hasta que el alba se levanta, Que yace en el adriático dormida. ¡Opulenta Venecia, rie y canta!

Rie y canta, señora de los mares, Que la risa y la voz cubren el llanto; Y mientras roe el tiempo tus pilares, Y deslustra la lluvia el áureo manto, Risa, y juego, y festines, y cantares. Rueden las horas del dolor en tanto:

Porque la voz de una orgia La voz de un enfermo apaga, Que un suspiro de agonía No penetra en un festín. Canta, Venecia la bella, Para cubrir el crugido De tu poder que se estrella, Y va rodando á su fin.

Leyanta una carcajada Para apagar un gemido, Fatídica campanada Preludio de un funeral; Melancólica armonía Que en la bóveda del templo Vibra al espirar el dia, Y es un canto sepulcral.

Porque, pese á tus placeres, Á tu pompa y tu hermosura, Hoy, Venecia, solo eres Una memoria de ayer; Un sepulcro cincelado Entre flores y perfumes, Donde yace abandonado Tu carcomido poder; Un velo blanco de lino De una virgen desgraciada; Ofrenda al Verbo divino Suspendida en un altar; Barro inmundó en que grabaron Con mano desesperada El nombre que te legaron Tantos siglos al pasar.

Tu ley sea el placer, ciudad gigante,
Reir, cantar, haber; corta es la vida:
Que en un festin espléndido y brillante,
Duerme el pasado, el porvenir se olvida.

J. ZORRILLA.

ANTES Y DESPUES.

ANTES.

—Con qué te casas tan pronto?

—Sí, Soledad, yo tal creo.

—Siendo tu novio tan feo!

—Pero es en cambio tan tonto!

—Entonces ya menos mal.

—Y aunque es vil su condicion

—Tendrá...

—Gran educacion.

—Mucha?

—Un inmenso caudal.

—Ganas pues.

—Menos tendria

con Carlos, que si es buen chico...

—Mas vale el otro.

—Es mas rico...

—Y te conviene, Lucía.

Yo no le amo...

—Está entendido.

—Pero me caso.

—Hazlo pronto:

que un novio tan rico y tonto

promete ser gran marido.

DESPUES.

Al fin te encuentro casada!

Mas... ¿qué te ocurre, Lucía?

—¿Qué horrible melancolía

se vé en tu faz retratada?

Mudo está tu labio y triste

y escuálida tu mejilla:

estás flaca y amarilla.

¿De tu belleza qué hiciste?

—¿Dónde fueron tus hechizos?

y tus hermosos colores?

—¿Ya no renuevas las flores

con que adornabas tus rizos?

Lloras!... extraño contraste!

vamos, esto no se explica.

no eres «libre!» no eres rica?

no gozas? no te casaste?

Mas ahora obsérvo mejor:

tu brazo tiene señales...

calla! si son cardenales!

¿Te pega acaso? qué horror!

y lo hace frecuentemente

segun los varios matices...

¿sabrá tal vez tus deslices?

procura ser mas prudente.

Te enojas; yo habia pensado!

pero entonces no comprendo...

¿Sabes chica que estoy viendo

que tu traje está rasgado?

Pareces una sirvienta:

esto prueba que es roñoso.

Demonio! que lindo esposo!

Te has lucido con su renta.

Llaman: es él... Ay que voz!

Parece un cabo furriel.

Se conoce que es en él

cada palabra una coz.

Tiemblas y enjugas el llanto

para verle... ¡Ya me explicó...

y es ese el tonto y el rico?

pues hija, no quiero tanto.

Me voy: eterno recuerdo

llevo de tu triste lloro;

mas que mil «necios» con «oro»

prefiero un pobre, si es cuerdo.

F. Perez Echegarria.

Variedades.

UN EPISODIO CONYUGAL.

No recordando dónde; pero sí ase-
gurando la autenticidad del hecho,
tuvo lugar el episodio conyugal que
hoy, á falta de otra materia, damos á

la publicidad, seguros y convencidos
que en nada ni por nada ofendemos
en lo mas mínimo la dignidad de per-
sona alguna, máxime cuando á la ho-
ra presente, la heroína reside en el
extranjero muy agena, sin duda, de
que uno de los episodios mas origina-
les de su novelesca vida, sirva de
grato solaz á los lectores de nuestro
semanario.

Allá por los años de 185... un capi-
tan de ejército, buen mozo, algo ce-
trino, lábia andaluza y porte marcial,
llegó á una poblacion de regular ve-
cindario, á fin y efecto de procurarse
algunos papeles de familia que para
sus miras particulares se le hacia pre-
ciso obtener.

Fastidiado y aburrido, nuestro capi-
tan de ejército, vestido de uniforme
y pulcramente acicalado, se paseaba
por las calles y plazas de la poblacion
aludida, con aire distraído é indife-
rente.

Hizo la casualidad que mientras
nuestro héroe se paseaba por el cen-
tro de una plaza que unos cuantos
plátanos y acacias convertian en una
rambla del peor gusto; una mujer de
mediana estatura y de agraciado ros-
tro, sencillamente vestida pero linda-
mente peinada, se asomase á un bal-
con apoyándose en la barandilla.

A la segunda vuelta, los ojos del
capitan que vagaban distraídos, fijá-
ronse en los de aquella mujer que te-
nia todas las apariencias de una seño-
ra: ésta, que efectivamente lo era, sea
que encontrara audaz la mirada del
capitan, sea que la considerase res-
petuosa, ó bien que no observase en ella
nada de particular, el caso fué que
sostuvo heroicamente la tenaz y per-
siste visual del favorecido paseante.

No era éste en verdad corto de ge-
nio, y presumiéndose por otra parte,
que la benévola acojida que le dispen-
saba la graciosa dama, era síntoma de
eléctrica simpatía; ¡adelantó unos
cuantos pasos hasta ponerse al alcan-
ce de su voz, y adoptando la mas se-
ductora postura, la dijo con atrevido
acento:

—¿Subo?

Sorprendida parece que debia que-
darse la interpelada con la audaz ma-
nifestacion de arranque tan caballe-
resco; sin embargo, tuvo á bien apre-
ciarlo de muy distinto modo, así que,
perfilóse en sus labios la mas provo-
cativa sonrisa á tiempo que se abrian
para dar paso á las siguientes testua-
les palabras:

—No, bajo.

Nosotros ignoramos si á interpela-
cion tan brusca y gráfica, puede dar-
se contestacion mas espresiva y cí-
nica.

A los pocos segundos, la dama del
balcon aparecia en el dintel de la
puerta de la calle; el galante capitan
aguardaba ya en ella.

—Señora, ¿dónde y cómo podré te-
ner la honra de ponerme á vuestros
pies?

—Esta noche, á las ocho y cuarto,
en el paseo de M.

—¿Allí quedo aguardando?

—Id confiado, no faltaré.

El afortunado Lovelace tendió su
derecha para despedirse con una sig-
nificativa presion, más ella, inclinán-
dose ligeramente, volvióle la espalda
dejándole en la postura de quien men-
diga una limosna.

A tamaño desaire, irritóse el bur-
lado capitan jurando para sus aden-
tros que si ella acudia á la cita, se
cobraria con creces lo que tan tonta-
mente se le negara.

Durante el resto del dia, diferentes
veces pasó por frente los balcones de
su bello tormento; empero ni una vez
sola, distinguió su perfil al través de
los cristales de su aposento.

Llegada la hora de la cita, nuestro
hombre, exacto como buen militar,
comparecia al sitio de ella, vistiendo
elegante traje de paisano.

La noche se presentaba hermosa pa-
ra una cita de amor.

El paseo de M., sito á extramuros
de la poblacion, con poyos de piedra
hábilmente colocados, y una doble hi-
lera de árboles centenarios, cuyas en-
hiestas copas entrelazándose admira-
blemente forman una bóveda de tu-
pido follaje por enmedio de la cuál,
esle muy difícil á la protectora de los
enamorados el deslizar ninguna de
sus furtivas miradas; es un sitio su-
mamente á propósito para conjugar
en todos los tiempos el verbo amar;
ese verbo, que nacido con la manzana
del Paraíso ha de ser el gran *atenuan-
te* en el valle de Josafat.

El ligero roce de un vestido de se-
da, hizo volverse rápidamente á nues-
tro afortunado capitan, distinguiendo
ante sus ojos dos bultos de aspecto
misterioso que hacía él avanzaban
con firme y tranquilo paso.

Atónito al percibirlos, quedóse in-
móvil.

El timbre de una voz que recorda-
ba perfectamente, volvióle á la reali-
dad: *retirate á unos cuantos pasos* ha-
bia dicho esta, y uno de los dos bul-
tos girando sobre su pié, deshacia lo
andado.

—Capitan, ¿perdiste el habla?

—Dispensad, señora, pero no os
aguardaba tan bien acompañada!

—Pues qué, ¿queriais que me aban-
donase sola por esas calles de Dios es-
puesta á verme seguida por algun
desocupado deseoso de averiguar dó á
estas horas dirigia mis pasos?

—Quizá tengais razon, señora, pe-
ro no sé convencerme.

—¿Dudais de mi palabra?

—No, dudo de mí mismo.

—¿Sofístico estais?

—Cómo vos, burlona.

—Oid, capitan: ¿qué concepto os he
merecido?

Esta pregunta, formulada de im-
proviso con la mas sardónica sonrisa,
puso en un brete al amartelado hijo
de Marte: la contestacion era espino-
sa; las consecuencias podian ser fata-
les.

Sin embargo, no titubeó; á raíz de
su última palabra, contestóla con
apasionado acento:

—¿Creeis, señora, en la ineludible
Ley de las simpatías?

—Sí.

—Entonces, á qué preguntarme lo
que no se me ha ocurrido pensar; por-
que no decís, ¿capitan, sabeis amar?

—A mi vez me toca deciros, quizá
tengais razon, pero no sé convencer-
me.

—¡Oh! con cuánto acierto os dije,
burlona os presentais.

—Ol... no recuerdo vuestro nom-
bre?

—¿Cómo, conoceis mi apellido!

—Escusada me parece la contesta-
cion.

Súbitamente, las manos del capi-
tan abarcaron la cintura de la sarcás-
tica dama, levantóla á pulso como
arista llevada por el huracan, y con-
duciéndola al banco de piedra mas
inmediato, hincó una rodilla escla-
mando con reconcentrado acento:

—Señora, ¿qué os proponéis?

Ni un solo grito se escapó de su
garganta antes ni despues de la brus-
ca acometida de su impetuoso adora-
dor: la fiel amiga que desde cierta
distancia y apoyada en el tronco de
un árbol seguia con la vista á la ren-
dida pareja, ni siquiera se movió.

Sin duda, en su concepto, aquello
habia sido, como efectivamente era,
un insignificante detalle.

A la sentida pregunta del capitan,
la dama le tendió su diminuta mano,
obligándole á sentarse á su lado: á
partir de ese instante, los poco há
quisquillosos amantes, se reconcilia-
ron amorosamente.

Ol... estuvo feliz; al cuarto de ho-
ra, se habia remontado ya al séptimo
cielo.

Nuestra heroína, tan idealista como
su amante, habia caído en sus brazos
sin saber explicarse la razon de ello.

Al dar las diez, la dama despertó
sobresaltada.

El capitan juró á su amiga que
aquellos siete cuartos de hora, habian
sido los únicos de su vida en que ha-
bia conocido las sublimes emociones
del amor platónico.

Ella le pagó con una sonrisa la
lealtad de su juramento.

Al despedirse, quedaron citados pa-
ra el dia siguiente á la misma hora.

El hombre propone y Dios dispone.

A las primeras horas de la mañana
del siguiente dia, Ol... recibia una
carta en términos tan concisos y ter-
minantes que, todo retardo por su
parte, podia irrogarle graves perjui-
cios; en consecuencia, decidióse á
marchar precipitadamente, pero no
sin antes despedirse de su adorado
tormento.

Empero, se le ocurrió esta dificul-
tad: ¿cómo hacerlo!

Ella no estaba prevenida; él no co-
nocia á persona alguna para confiarle
recado de tal valia; el tiempo se ha-
cia corto; los momentos eran precio-
sos.

Sin embargo, la dificultad quedaba
en pié; no habia medio hábil de sal-
varla.

Gacetilla.

Decimos mal, habia uno, el enamorado capitán dió con él.

¡Qué obstáculo no allana un buen amante!

Nuestro héroe se hizo el siguiente argumento: si ella supiese lo novedad ocurrida, vendría á despedirme aquí, en mi casa; yo que la sé, justo es que vaya á despedirme de ella en la suya.

La lógica de este argumento le pareció concluyente.

Cinco minutos después, tiraba del cordón de una campanilla.

Al abrirse la puerta, un caballero de pelo entrecano, pálido, enjuto, apareció en su marco.

—Caballero, ¿qué se ofrece?

—¿Vive aquí, D. F. de F.?

—Sí, es mi señora.

—¡Ah! un negocio de sumo interés me precisa á hablar con su señora esposa, si bien por breves instantes: ¿tendrá V. la bondad de presentarme?

—Pase V., Caballero, á quien debo...

—El capitán Ol...

El audaz amante es conducido á la presencia de su platónico amor.

Al pisar el dintel de su cuarto, la ridícula figura del marido aparecía en primer término; difícilmente pudo contener una exclamación de sorpresa.

El capitán que habia tenido tiempo de hacerla un signo imperceptible, se adelantó sin afectación, exclamando:

—Señora, su amiga de V., la infeliz Pepita, ha dejado de existir.

—¡Gran Dios, cuándo!

—Ayer, á las diez horas de su mañana, llevo un encargo de la moribunda.

Los ojos de la dama se llenaron de lágrimas.

Ol... se dirige al marido diciéndole con sentido acento:

—Caballero, háganos V. el obsequio de dejarnos solos, debo cumplir mi triste misión.

El marido se retira balbuceando un cumplido; el capitán entorna la puerta, da vuelta á la llave y volviéndose á su amiga que á duras penas puede contener una carcajada, la dice tirando la carta:

—Lee y compadéceme.

Transcurrida una hora, el capitán abre la puerta, se despide del marido, le acompaña éste hasta la puerta ofreciéndole su casa, y corre precipitadamente al lado de su esposa.

Encuentra á ésta bañada en llanto.

—Hija, ¿qué tienes?

—Ay, que desgracia, mi amiga, mi querida amiga, un ángel de bondad y de virtud, se ha remontado al cielo.

—No llores, mujer; ¡maldito capitán! vaya unas precauciones como ha tomado para participarte tan sensible desgracia, aún me parece oírle exclamar con dramático tono, ¡señora, su amiga de V., la infeliz Pepita, ha dejado de existir! ¡habrá bruto de capitán!

F. S.

Elecciones municipales.—No podemos decir á nuestros lectores el resultado de ellas, por la sencillísima razón de que hasta hoy, á las diez de su mañana, no se procederá al escrutinio general.

En ninguno de los dos distritos Casas Consistoriales y Santo Hospital, durante los días 1 y 2, llegó á formarse mesa; ayer, 3, se formó en ambos. La del primer distrito era presidida por la Sra. autoridad local, D. Ramon Vancells; la del segundo, por el primer Teniente de alcalde, D. Pedro Pallí.

Visita.—Merecimos la de la primera autoridad Civil de la Provincia en uno de los primeros días de la espirada semana: le acompañaba el conocido hacendado don Joaquín de Pastor.

Llegados sobre las diez de la mañana, partieron á las primeras horas de la tarde.

Apesar de su corta estancia, visitó las escuelas públicas, hospital, cárceles é Iglesia parroquial.

En las escuelas, preguntó personalmente á los discípulos quedando bastante satisfecho de sus contestaciones.

La ex-autoridad local y demás individuos del ayuntamiento junto con algunos señores particulares, le acompañaron hasta el pie del carruaje.

Bien por el nene.—Atareado y cabizbajo iba este sencillote gacetillero el día 1.º del que cursa, renegando de la calma chiche que reina en esta población, ya que la propia le priva de pescar algo que sea merecedor de espendirse en un suelto de gaceta; cuando hizo la casualidad que nos asomásemos á la pieza de billar del Casino Bisbalense á tiempo que un grupo de socios leía con avidez un papel manuscrito pegado á la pared.

Eureka, exclamamos, aquí pescaremos algo.

Y en efecto, la pesca llenó nuestros legítimos deseos, tanto por su oportunidad como por la cantidad y calidad de la propia.

Fué nada menos que una candidatura municipal.

Héla ahí con todos sus errores gramaticales y ortográficos.

ELECCIONES.

UNIDAD DE PENSAMIENTO.

Fraternidad rabiosa.

D. Esteban Moret.

» Narciso Catalá.

» Antonio de Torres (librero.)

» Juan Gener (librero.)

» Francisco Sala.

» José Planas.

» Tito Vidal.

» Antonio Píera.

» Narciso Vancells.

» Carlos de Grasot.

» Francisco Carol.

» José Dausá.

Venemirlos en reelección.

D. Pedro Pallí.

» Enrique Labori.

En esta candidatura vimos tres buenas cualidades y en grave defecto; esto no obstante, la recomendamos eficazmente á los señores electores.

¡Lástima de municipio-modelo que se desechará!

Empezando por el alumbrado público y acabando por la policía, se hubiera barrido toda la escala municipal.

Las tres buenas cualidades de que hace poco hablamos, son: injénio, gracia y oportunidad.

El grave defecto que así bien dijimos, es no haber designado el Alcalde corregidor. Encontramos también algo fuerte el ad-

jetivo *rabiosa*, hubiéramos preferido un calificativo sinó tan gráfico al menos más suave.

Si dejáramos correr la pluma á la par de las reflexiones que nos sujere esa candidatura *sui generis*, diríamos tanto y tanto, que quizá sin quizá, armáramos otro belén de brocha gorda; así que damos vuelta á la hoja, felicitando al autor de ese *parto*, digno en un todo, de un génio privilegiado.

Solo sentimos que no diera á luz más que una candidatura, la intención era de buena ley.

Esperamos que en las próximas elecciones de Diputados provinciales, nos dará otra prueba de fecundidad.

Las hojas sueltas se hicieron de moda; ahora toca el turno á los pasquines.

Vivir para ver.

Crimen.—El pacífico y pintoresco pueblo del Castillo de Aro, partido judicial de esta, fué teatro, sobre las diez de la mañana del domingo último, de uno salvaje y desgarrador.

Un tal Liborio Vergeli, arrendatario del molino harinero del señor Barraquer, en un arranque de enagenación mental, según público decir, arremetió, cuchillo en mano, contra una infeliz mujer, causando la herida de alguna gravedad, particularmente la dada en el bajo vientre: su esposa que hizo esfuerzos desesperados para contenerle, recibió varios cortes en la palma de su mano derecha; y un vecino que á los gritos de las mujeres acudió á su socorro, intimidado al ver el aspecto feroz del molinero huyó precipitadamente siendo esto la causa de su desgracia, pues el loco, al reparar que huía, echó á correr tras él acuchillándole bárbaramente: alguna de sus heridas se presume si será mortal.

El Juzgado se trasladó inmediatamente de recibido el parte, al sitio de la catástrofe.

Terminado el sumario, ampliaremos los detalles: este se sigue con suma actividad.

Nuevo colega.—Saludamos cordialmente á *El Pagés*, periódico bilingüe y festivo, que con general beneplácito, ve la luz pública en la industrial Villanueva y Geltrú. Le deseamos sinceramente que sus escritos y folletines no sean *adrede* interpretados con torcida intención.

Créanos nuestro colega, el deseo es leal.

¡Vaya V. á la India!—Son curiosos los detalles que se publican sobre los obstáculos que encuentra en la India el establecimiento de líneas telegráficas. Desde luego la atmósfera se halla espuesta á perturbaciones eléctricas de tal intensidad, que los instrumentos instalados en aquellos parajes parece que están acometidos de un delirio, y funcionan de troche y moche.

Tempestades de una violencia formidable introducen el desorden en las líneas, arrancan los postes y hasta funden los conductores.

Además de esto sobrevienen los búfalos y los elefantes, que todo lo pisotean, y mezclan los alambres de un modo que no pueden desenredarse: otras veces los indígenas, que se llevan leña para quemar los alambres para hacer brazaletes, el herraje para las fraguas, y hasta los aisladores para colocarlos en los altares.

Cuando no hay tempestades, los animales que socaban la tierra, como los topes y erizos, minan los postes, y los jabalíes, tigres y otros, los derriban, frotándose contra ellos; esto sin tener en cuenta los milanos, los águilas pescadoras y otras aves que se colocan en los hilos, ni los monos que se suben también á ellos, y hacen los mas divertidos y variados ejercicios de gimnasia, con el auxilio de sus manos y de su cola.

En vista de todo esto, no debe extrañarse que los telegramas indios sean algunas veces tan indecifrables como un geroglífico egipcio.

Correspondencia particular de El Faro.

Besalú 3 noviembre de 1866.

Sr. Director de El Faro Bisbalense.

Muy Sr. mio: si el grado de civilización de un pueblo ha de deducirse del interés que se toman sus vecinos en fomentar la instrucción primaria del mismo, bien podemos decir que somos una tribu africana.

Parece increíble que una población como la nuestra, que está situada en el centro del triángulo que forman las carreteras del Ampurdán, la marina y la montaña, y que cada uno de nosotros nos creemos ser uno de los siete sabios de la antigua Grecia, se pasen años y años sin celebrarse exámenes mensuales ni generales; que la Comisión local no pise los umbrales de la escuela, ni que tan siquiera se reúnan sus individuos: miembros hay de ella que no saben quienes son sus compañeros. ¡Qué menos puede hacer en favor de la instrucción pública una tribu africana!

¿Y qué diremos del Inspector del ramo? Nada, caído está; en su día dará cuenta ante el tribunal divino de los males que ha causado á la instrucción pública de esta villa, con su punible indiferencia.

¡Ojalá que esta queja que sale del fondo de nuestra alma adolorida llegue á noticia del nuevo Inspector y haga florecer la instrucción primaria de esta villa!

Y si V., Sr. Director, me hace el obsequio de hacer insertar las precedentes líneas en su apreciable periódico, se lo agradecerá

S. S. S. Q. B. S. M.

J. M.

Charada.

Muy contento, en general,
Está aquel que bien *segunda*;
Mas si eso se le pregunta
Y dice *prima*, muy mal.
Si contestara *primera*,
Por ser de noche ó oscuro,
Se remedia, de seguro,
Con una *dos* y *tercera*.
Con estas, de otra manera,
Vuelta al mundo podrás dar
Si es que sabes navegar
En fragata muy velera.
Prima-tercera es ciudad:
Sólo cuatro letras tiene,
Más de mil casas contiene
Sin contar la vecindad.
Una oración entera,
Si discurre, formarás
Con seis letras, y no más,
De *prima*, *dos* y *tercera*.
Y si un *todo* yo tenía,
Que fuera de Antonio Arnao,
Ó de Anton el de Bilbao,
¡Qué bien hoy lo pasaría!

A. S.

(Solución á la del número anterior.)

TA-BA-CO.

Por todo lo no firmado y E. R. Antonio de Torres.

La Bisbal: Imp. de D. Antonio de Torres, plaza del Castillo, núm. 28.—1866.